

MIS TRES MAESTROS

por Francisco-Manuel Nácher

Tuve de niño muchos profesores. Pero sólo tres, por lo menos para mí, alcanzaron el grado de "maestro" en su verdadera acepción.

El primero (la primera, puesto que fue una monja, exclaustrada a causa de la guerra civil del 36 y que, de incógnito, venía a casa varios días por semana a enseñarnos los primeros rudimentos del saber a mi hermana y a mí) me hizo, súbitamente, enfrentarme con el infinito al ponerme un fin de semana, como tarea, el escribir, en un cuaderno nuevo, la serie de los números naturales correlativamente, desde el uno hasta "que se acabasen los números". Yo tenía siete años y aún siento todo el estupor que me embargó cuando, tras estar dos días enteros escribiendo números y comprobar que siempre había uno que venía después, me planteé, de repente, la posibilidad de que los números no se acabasen nunca, nunca... . Jamás conocí su nombre, supongo que por razones de seguridad, ya que las monjas estaban siendo perseguidas en la zona republicana por entonces. Pero siempre recordaré todo el bien que me hizo tan sólo con "ponerme aquel deber" para el fin de semana. Fue mi primer encuentro con algo trascendental.

El segundo supo sembrar en mí el espíritu de la curiosidad por el saber. Nos deleitaba a toda la clase (yo ya tenía once años, la guerra acababa de terminar y me hallaba preparando el ingreso en el bachillerato en el colegio de los Salesianos de la calle de Sagunto de Valencia) con su manera de exponer lo que estudiábamos. Nos hacía desear saber y asombrarnos de lo mucho que había a nuestro alrededor para investigar. Supo ser amigo, confidente, consejero y ejemplo. Lo vi algunos años después de terminar mis estudios y no he vuelto a saber de él. Pero llevo dentro, y fructificando permanentemente, la semilla que supo sembrar en mí.

El tercero fue también un salesiano, hombre enigmático, con apariencia oriental, al que llamábamos "el chino", cortísimo de vista, callado, reservado, pero con un contenido interior impresionante. Él me hizo contemplar por primera vez - yo ya había alcanzado los dieciséis años - la profundidad del espíritu humano, lo insondable, lo inacabable, lo

imponderable de nuestra alma, de nuestro interior, y lo sugestivo, lo maravilloso, lo mágico de la relación con nosotros mismos. Recuerdo, y servirá de ejemplo, - fue, entre otras muchas cosas, profesor de literatura - el título que nos dio un día, para la redacción que semanalmente debíamos presentarle, y cuyas posibilidades, llegado a la tercera edad, aún no he agotado. El título, sencillísimo y el más complicado a la vez era éste: "Si..."

Si soy... Si eres... etc. Si era... Si eras... etc. Si fui... Si fuiste... etc. Si fuera... Si fueras... etc. Si hubiera... Si hubieras... etc. Si tengo... Si tenía... Si tuviera... Si hubiera... Si quisiera... Si ocurriera... Si osara... Si temiera... Si sintiera... Si aspirara... Si muriera... Si enfermara... Si sanara... Si perdiera... Si ganara... Si soñara... Si esperara... Si deseara... Si amara... Si odiara... Si necesitara... Si empezara... Si acabara... ¿Dónde está el fin?.

* * *